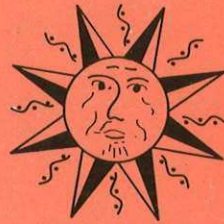


EL SIGUIENTE MATERIAL TIENE
DERECHOS DE AUTOR
POR LO QUE SE SUGIERE QUE EL
MISMO NO SEA REPRODUCIDO NI
USADO CON FINES DE LUCRO,
UNICAMENTE PARA FINES
EDUCATIVOS Y DE INVESTIGACION



Tradiciones de Guatemala

Centro de Estudios Folklóricos



Universidad de San Carlos de Guatemala 53-2000

Universidad de San Carlos de Guatemala
Centro de Estudios Folklóricos



**Tradiciones
de
Guatemala**

53

**Guatemala
2000**

EL INDÍGENA DE TOTONICAPÁN Nacimiento - Matrimonio - Muerte

Bruno Frison, ofm

El indígena que vive hoy en el departamento de Totonicapán pertenece al grupo étnico maya-quiché. El 89% de la población, que en su totalidad supera los 300 mil habitantes, habita cerca de sus tierras, diseminados en una vasta área montañosa: donde hay tierras cultivables y agua, allí se encuentra el indígena que ama la soledad y huye de los centros habitados. El respeto de la población reside en el área urbana de los ocho municipios que componen el departamento. La mortalidad infantil registra un índice elevado, por las precarias condiciones de higiene y salud en que viven; no obstante la población tiende a crecer con ritmo acelerado.

Algunos de los indígenas totonicapenses, por no tener acceso a la escuela no pueden leer, ni escribir. El que ha aprendido a hablar "castilla" o a leer, generalmente no pueden comunicarse mediante la escritura. Los hombres son casi todos bilingües: conocen la lengua materna, (quiché y también el castellano), muy pobre en vocablos y adulterado con frases idiomáticas; las mujeres en cambio hablan poco el castellano, es decir conocen y hablan sólo su lengua, el quiché. La mitad, aproximadamente, lleva apellidos de origen maya, heredados de sus antepasados; la otra mitad posee apellidos de origen español. Este hecho curioso es debido a una ley del 24 de octubre de 1643, con la que se obligó a los indios de tomar el apellido del patrón, llamado **encomendero**, a quien pertenecían después de la conquista.

El indígena del departamento de Totonicapán posee características somáticas propias que lo distingue de los criollos y de los demás indígenas guatemaltecos de etnia distinta de la suya. Generalmente es de baja estatura y algo delgado: tal vez por

la altura del nivel del mar (2,000 a 3,000 mts.), el trabajo extenuante y la nutrición insuficiente. El color de la piel es bastante oscuro, con tendencia al marrón claro. El cabello es tupido y liso, escasa o casi nula la barba.

Se alimenta de maíz preparado en diversas formas, es el artículo de consumo diario en los tres tiempos de comida. Hace mucho uso de arroz, frijoles, patatas, chile picante, café muy ralo, algunos frutos de estación, raramente huevos, carne de pollo, de ternero o de marrano. El pan es consumido sólo en circunstancias especiales; en ocasión de un matrimonio o durante la Semana Santa. Su constitución física no es a toda prueba. Está sujeto a muchas enfermedades que trata de curar con recursos primitivos, ofrecidos por la tradición local o por medicinas corrientes que encuentra en las farmacias públicas. Por lo general tiene terror por el hospital, situado en la cabecera departamental, y desconfía de los médicos profesionales que se encuentran en los centros municipales más importantes.

Los hombres han dejado de usar el traje tradicional común al grupo al que pertenecen. Las mujeres en cambio lo conservan usando de generación en generación, muy bello por su riqueza y variedad de colores. El atuendo femenino (corte) consiste en una larga tela de algodón, elegante y policroma, que envuelve y sujeta a las caderas por medio de una faja colorada, baja casi hasta los pies. Como blusa un **güipil**, de muchos colores bordados a mano. El traje antiguo de los hombres consistía en pantalones de tela blanca y camisa de la misma tela color rosado. Casi todos los hombres calzan sandalias rudimentarias o zapatos; mientras que las mujeres unas usan sandalias y otras andan descalzas según la antigua costumbre.

La habitación está adaptada al clima algo frío y al viento que corre fuerte especialmente en la estación seca. Por eso la casa, llamada **rancho**, se compone sólo de una planta: pequeña y baja, tiene una puerta de entrada muy angosta y una única ventanilla, que habitualmente permanece cerrada. La construcción, rectangular, es de adobe. El piso de pura tierra batida. El techo clásico antiguo era de paja, que protege tanto del frío que del calor, sustituido hoy, casi en todas partes, por tejas y en algunos casos, sobre todo después del terremoto en 1976, por láminas de aluminio.

El interior de la casa se compone de una sola habitación que sirve de cocina, comedor y dormitorio. El fogón se encuentra en el interior y está formado por tres grandes piedras sobre las que se colocan las ollas; no hay chimenea. Adosado a la pared, y en un lugar céntrico, se encuentra el altar doméstico, formado por una mesita sencilla, encima de la cual es colocado el crucifijo y otras imágenes sagradas, a veces antiguas y preciosas. En un macizo cajón de madera está conservado el maíz,

ya desgranado, que el indígena consume diariamente y que tiene que durar hasta la próxima cosecha. Muchas veces las mazorcas de maíz penden desde lo alto del tapanco, amarradas en grupos por medio de las tusas*, así de formar unas pirámides al revés que adornan la casa y alegran el corazón de los moradores.

En el interior del rancho a veces se encuentra un rústico armario o algún baulito de madera dibujado en vivos colores, a veces nada, ni siquiera una mesa o silla donde sentarse. Por si acaso se encuentra alguna, ésta es pequeña y está reservada a los hombres de la familia o a los visitantes, mientras que las mujeres se sientan en el suelo sobre alfombras de vegetales llamadas **petates**. Para dormir está el **tapesco**, una rudimental cama formada por algunas tablas colocadas sobre cuatro bases de madera que separan de la humedad de la tierra; sobre las tablas extienden algunas esteras. Las paredes del rancho están decoradas por muchas estampas, generalmente sacras, y por almanaques, no importa de cuantos años atrás.

La promiscuidad entre los indígenas es total, al estado natural; pero esto no constituye problemas, como en otras partes del mundo. En el área rural la mayor parte de la gente desconoce el uso de letrinas, y hace sus necesidades fisiológicas a campo abierto: un problema serio para la higiene y la salud, causa de infecciones a pequeños y grandes. En cada casa hay uno o más perros que resultan útiles a la defensa personal y sobre todo protegen a los animales domésticos, fácil presa nocturna del coyote, el lobo de centroamérica.

Anexo a la casa se encuentra frecuentemente el **temascal**, un horno redondo, que sirve para baño de vapor a los miembros de la familia y particularmente a las mujeres parturientas. Éste está dividido interiormente en dos partes: en uno se pone la leña para el fuego, y en la otra, más grande, la persona que toma su baño.

Cerca de su rancho el indígena posee, casi siempre una porción de terreno, que con el tiempo y el multiplicarse de los herederos, se va restringiendo poco a poco, resultando así totalmente insuficiente para satisfacer las necesidades de la familia. Durante el período de las lluvias, el indígena cultiva la única cosecha del año consistente en maíz, que consume en la familia siendo su pan cotidiano, y en trigo que vende para la adquisición de otros productos de primera necesidad. Las técnicas agrícolas actuales no han cambiado desde el tiempo de la conquista, ni se exceptúa el uso de abonos químicos. Las técnicas modernas y la mecanización no están al alcance de los indígenas. Para ellos los instrumentos de trabajo son dos: el machete para cortar cualquier cosa y el azadón para remover la tierra.

* Esparta o farfolla de la mazorca del maíz.

La economía es netamente agrícola. Gira en torno a las pocas producciones del terreno y de algún animal doméstico, como las gallinas, el marrano y las ovejas que se venden al mercado, para ganar unos quetzales que frecuentemente resultan insuficientes para sobrevivir.

En tal caso el indígena baja a la costa del pacífico en busca de ser contratado como bracero, para los trabajos agrícolas en las grandes fincas de los ricos colonos ladinos. A la costa el hombre a veces baja solo, otras veces con los hijos varones adultos y a veces con toda la familia, ya que no existe una distinción de trabajo para sexo y edad en las actividades agrícolas.

El movimiento migratorio hacia la costa se da durante todo el año, pero los meses de mayor trabajo van de septiembre a diciembre, al tiempo de la cosecha del café, del algodón y de la caña de azúcar.

La situación de vida en la costa para los indígenas es muy grave. Viven en barracas comunes y en total promiscuidad, de sexo y de familias, sin servicios sanitarios, ni agua potable. El cambio de clima, de lo fresco del altiplano al calor húmedo de la costa, causa muchas enfermedades, especialmente intestinales, como parasitismo y paludismo que a veces llevan a la muerte.

Algunos indígenas del departamento de Totonicapán se dedican a la sastrería y al comercio, especialmente como vendedores ambulantes; otros a forma de pequeña artesanía: en tejidos, en madera o en barro. Se trata de una artesanía típica y característica por el color de los tejidos, la belleza de las cerámicas y la expresión de las máscaras; una artesanía inconfundible, conocida también fuera de las fronteras patrias, porque no priva de inspiración y talento artístico.

En las relaciones sociales el indígena es algo reservado con los extraños y no suficientemente abierto con la gente de su raza. De todos modos acepta cierta vida de comunidad. Esta se desenvuelve particularmente entorno a la iglesia de la aldea, conocida como oratorio. En el área del oratorio se encuentran el edificio con las autoridades civiles, llamado **auxiliatura**, las cárceles, las escuelas públicas, el cementerio y, a veces, el centro de salud.

La comunidad local es regida por un cierto número de personas elegidas por la base para un servicio gratuito de un año. El signo de su poder es un bastón que empuñan con orgullo y solemnidad. Son llamados **auxiliares** y generalmente se trata de hombres calificados por edad, experiencia, sentido de responsabilidad y dinamismo: virtudes necesarias para regir el destino de una comunidad.

Una de las cosas más desconcertantes que se verifican en las comunidades indígenas es la indiferencia hacia la escuela. No es de hoy, remonta a los tiempos de la conquista y de la dominación española. Las causas son muchas y de varia naturaleza. Entre los factores que influyen en la deserción escolar y mantienen alto el nivel de analfabetismo se podrían señalar la falta de empeño serio de parte de la autoridad pública para solucionar esta plaga, y la negligencia de los padres de familia en mandar a los hijos a la escuela. Ésta negligencia es debida a la desconfianza hacia los maestros, casi todos ladinos, que no logran hacerse comprender por los alumnos, y al contenido de los programas públicos que no provoca el interés de los indígenas.

Entre los indígenas totonicapenses, la socialidad por sexo es muy marcada: las mujeres se relacionan con las mujeres y los hombres con los hombres: esto se nota claramente en todas las manifestaciones sociales y religiosas. Existe un predominio del hombre sobre la mujer, llamado **machismo**, debido a muchos factores que remontan a tiempos ancestrales. La familia es la base de la organización social. El vínculo de parentesco es muy apreciado.

El sentido de comunidad es tenido en gran consideración y constituye uno de los elementos más positivos de la sociedad indígena. El trabajo para las obras de utilidad pública, como la reparación de caminos o de edificios de la comunidad, es realizado gratuitamente por todos. Mientras los hombres cumplen estos trabajos, las mujeres colaboran preparándoles la comida. Quien no puede ofrecer una colaboración directa, es obligado a dar a la comunidad una suma de dinero correspondiente al trabajo que debería prestar.

Los indígenas de Totonicapán no poseen medios de recreación y no conocen tiempo libre para el descanso. Después del trabajo del día, a la caída del sol, todos se reúnen en casa propia: afuera no queda alma viviente. Al amanecer se levantan muy temprano, antes que despunte el sol.

El domingo, unos lo pasan trabajando; otros, los más empeñados en la vida religiosa, participan en la misa, caminando diez, quince y hasta veinte kilómetros para llegar a la iglesia parroquial. En la tarde muchos se reúnen en el oratorio de la comunidad rural para el rezo del rosario y para asistir a la clase de doctrina cristiana impartida por un catequista.

Cada familia posee una radio de transistores que permanece encendida muchas horas del día y acompaña al indígena en su habitación, en el campo o en la montaña. Por medio de la radio permanece en contacto con el mundo que está fuera

de su comunidad. Le gusta escuchar música, particularmente programas de marimba y música ranchera mexicana.

El indígena de esta región como todo ser mortal, tiene sus virtudes y sus defectos. Entre estos últimos se pueden señalar el abuso bastante generalizado de bebidas alcohólicas, que lleva a la desintegración de muchas familias, una clara tendencia a la automarginación, debida a causas de diversa naturaleza, tanto sociales que históricas, una marcada dificultad de relacionarse con personas extrañas al propio clan y otros.

No obstante, todo abunda más en buenas cualidades que en defectos. Es sencillo, fiel, responsable, trabajador y amante de la tierra. Posee un buen carácter, se enoja raramente, es mite, contento de su suerte, no nutre aspiraciones superiores a sus capacidades. Posee virtudes morales extraordinarias como humildad, paciencia, respeto y sumisión a los responsables de la comunidad y en general a las autoridades civiles y religiosas. Sucede frecuentemente que vive momentos dramáticos, de angustia profunda, pero difícilmente conoce la desesperación. De frente a problemas y penas aún gravísimos, sabe mantener un autodomínio y una fuerza de ánimo que rayan con la pasividad.

El indígena de Totonicapán, como los demás grupos étnicos, ha conocido la explotación y la opresión desde el tiempo de la conquista y de la dominación española hasta nuestros días. A consecuencia de esto se mantiene en un estado de constante desconfianza hacia hombres y sistemas de gobierno y permanece al margen de la vida social. Vive su vida inseguro y desconfiado, pero no insatisfecha. Es persona de pocas exigencias, con limitados recursos económicos, sin seguridad social, con casi ninguna asistencia médica, discriminado y marginado en el sector político, económico y social, pero vive imperturbablemente su vida. Es consciente de su identidad: se considera una raza distinta, aparte, siempre unida a la tierra, al monte, a la naturaleza, a veces generosa, otras veces avara e ingrata: un grupo étnico secularmente pobre, sometido y explotado por varios dominadores de turno, pero siempre capaz de redescubrir en su propia alma el sentido de la esperanza y de la recuperación.

Por lo dicho hasta aquí sobre el mundo sociocultural del indígena totonicapense, se deduce fácilmente que la gente de dicho departamento es muy sencilla y profundamente religiosa. Conserva en efecto, una fe viva y su piedad se expresa con prácticas ricas en espontaneidad, ritos festivos y folklore. Estas prácticas acompañan los acontecimientos más importantes de la vida individual y social, pero encuentran su momento privilegiado y fuerte en los acontecimientos de "transición": el nacimiento, el matrimonio y la muerte. Es lo que veremos a continuación.

El Nacimiento

Para el indígena del departamento de Totonicapán la religión interesa y compenetra todo el ciclo existencial de la persona, porque es toda la vida que mantiene una constante y estrecha relación con Dios. Pero el inicio y el fin de la existencia humana asumen un significado sagrado de una manera del todo singular y privilegiada.

El primer elemento relevante que salta a la vista y llama la atención de quien se acerca al modelo actual de un hogar indígena es el aspecto sagrado y mítico de la vida humana. En el concepto del indígena, el hombre y la mujer en armonía con el ritmo del universo, forman una unidad destinada a la conservación de la vida humana sobre la tierra. De aquí el sentido gozoso y sagrado de la maternidad. La gente indígena desea tener hijos, porque la vida humana es don de Dios y de la naturaleza. Una familia con pocos hijos es una familia triste y pobre, mientras que la de muchos hijos es rica y alegre. La pobreza no constituye un motivo para limitar la prole, porque la vida viene primero y vale más que las condiciones de vida.

Cimentados sobre estos principios basilares, transmitidos de padres a hijos, los indígenas desconfían profundamente de todo método anticonceptivo, porque es contrario al ritmo de la naturaleza y la ley de Dios. Resulta por tanto, del todo ilógico, o por lo menos precipitado, juzgar la resistencia y el rechazo de métodos anticonceptivos como fruto de ignorancia o actitud de aquiescencia a una paternidad y maternidad irresponsable. La procreación es un arma de legítima defensa para un pueblo humilde, que ha conocido la explotación y que quiere absolutamente sobrevivir.

El amor a la vida, además que por el aprecio a los hijos y la familia, se manifiesta en el respeto, entendido como comportamiento moral, a la vida humana en general. El indígena de Totonicapán es tranquilo y pacífico y siempre ha respetado y sigue respetando su propia vida y la de los demás, como don inestimable de Dios. Desafortunadamente la vida del indígena no siempre fue respetada por las clases dominantes. Desde el principio de la conquista hasta nuestros días, la historia de éstos está marcada por la sangre, derramada por causa del egoísmo y la prepotencia de los poderosos de ayer y de hoy, preocupados únicamente por salvaguardar sus propios privilegios.

El nacimiento de un hijo en el seno de la familia no constituye un acontecimiento de particular interés, ni para los padres, ni para los parientes y mucho menos para los vecinos. Es una de tantas cosas naturales que caracterizan la vida de una familia normal, siempre sin embargo es motivo de alegría aunque no se manifieste

exteriormente como en otras partes del mundo. La preferencia de los padres es por un hijo varón, sobre todo si se trata del primogénito, porque él tendrá pronto un compañero y un colaborador en el trabajo de la tierra; pero es bien recibida también una niña, quien será útil a la madre en los quehaceres domésticos.

Las condiciones en que se realiza un parto son riesgosas; a veces resultan peligrosas para la salud de la madre y del hijo. Las mujeres indígenas dan a luz al hijo en su propia casa, hincadas de rodillas. Son asistidas por una partera, llamada **comadrona**, dotada de pocas nociones empíricas, carente, a menudo, de las más elementales normas de higiene y salud. La comadrona goza en la comunidad de mucha estima y respeto. Esto se debe al hecho de que ella, y sólo ella, con los servicios que presta en cada nacimiento, se relaciona con algo sagrado y mágico, como es el misterio de la vida.

La mujer, antes y después del parto, se somete a un baño de vapor en el **temascal**, que existe en numerosas casas indígenas. Es llevada por la comadrona y otras mujeres de la casa bien cubierta con chamarras y toallas. Se le dice que no debe mirar muy lejos porque podría marearse y caerse.

Nacido el niño, la partera lo limpia con aceite, lo viste y se lo presenta al marido. Luego se pide favor a la abuela del niño o a otro familiar cercano, para que acompañe a la comadrona a enterrar la placenta, posiblemente en un monjón. Para que nadie la toque y se hace lo más pronto posible. Mientras la placenta está en la casa, los miembros de la familia deben evitar cualquier pelea o enojo porque esto podría provocar algún tipo de enfermedad.

El día del parto, si las condiciones de la familia son discretas, se prepara para la mamá un caldo de pollo, mientras que si la familia es pobre, la dieta es la de siempre. A la partera, como recompensa por los servicios prestados, le regalan alimentos y, según las posibilidades de la familia asistida, también algo de dinero.

Cuando la mamá se ha aliviado, las parientes y vecinas la visitan, trayéndole como regalo tortillas, huevos, chile, atol o café. Le aconsejan sostener la nuca del niño con un pañuelo bien apretado al cuello y de enrollarle los brazos para que más tarde no sea travieso.

Para los papás católicos, incluyendo también los no practicantes y los que están unidos sólo con una unión de hecho, la preocupación más fuerte y apremiante es la de bautizar lo más pronto posible al niño recién nacido. Temen que si no recibe

enseguida el bautismo pueda morir; por eso cuando eventualmente se enferma para hacerlo bautizar, emprenden largos viajes, aunque les cueste. Es raro el caso de encontrar familias católicas que no hayan hecho bautizar a sus hijos.

Aunque el catolicismo con sus ritos sacramentales pudiera prestarse a ser interpretado por la gente sencilla, o por quien no está bien catequizado, como una especie de magia, creemos que el indígena busca el bautismo para sus hijos porque es motivado por una fe auténtica y sincera. La importancia que él atribuye al agua, como elemento salvífico por excelencia, es extraordinariamente grande y concuerda en todo con la doctrina de la Iglesia católica. A veces hay quien no hace alguna distinción, al menos en lo que respecta al lenguaje, entre el bautismo sacramento y una simple bendición, por lo que se pide, pro ejemplo, de "bautizar" la casa, o un cuadro o una imagen, etc. No por esto la estima que viene reservada al bautismo como sacramento pierde su importancia.

Para padrinos de bautismo los padres escogen generalmente personas del mismo grupo étnico, vecinos de casa, casi siempre católicos practicantes y con frecuencia catequistas. Los padrinos no son simples figuras, sino que verdaderos consejeros y bienhechores espirituales. Unos padrinos y madrinan, porque gozan de buena reputación en la comunidad, cuentan hasta con algunos centenares de ahijados. A veces el padrino, y más frecuentemente la madrina, obsequia al niño un gorro blanco que se le coloca en la cabeza después del bautismo.

Terminado el rito bautismal, en la misma iglesia, delante del altar, los padres del niño bautizado y los padrinos se hacen "compadres" y "comadres". Puestos de rodillas delante del altar, rezan unas oraciones, luego se levantan y se dan un abrazo, que es como el sello de compromiso entre compadres y comadres. Enseguida el compadre, o la comadre, toma al niño en sus brazos y lo encomienda a Dios, a la virgen y al Santo Patrono para que tenga buena vida, buena salud, buena suerte y sea librado del mal.

El nombre que se le pone al niño es escogido generalmente por el papá. Al primogénito varón se le da con frecuencia el nombre del padre o del abuelo, para perpetuar la memoria y para heredar, sin problemas, los bienes de la familia. También el nombre del Santo del día en que nace la criatura resulta agradable. Y para elección resultan muy útiles los numerosos calendarios que adornan las paredes de la casa.

No siempre la lectura resulta correcta por parte de gente sencilla y que no sabe leer y generalmente. Es el caso, por ejemplo, que el niño sea llamado "Santos

Obispo" o "Santos Confesor". Quien sea el Santo obispo o el Santo confesor, ninguno lo sabrá jamás porque el nombre propio del santo se quedó en el almanaque y fue sustituido por el apelativo de "obispo" o "confesor". Otras veces es la niña a ser llamada "Obispa" o "Confesora"; o también "Corpus", "Santos" o "Jesús", nombres éstos últimos de género claramente masculino. Estas bagatelas nadie las advierte, fuera del párroco que registra en el libro correspondiente la partida del bautismo que ha administrado.

Después de las primeras semanas la mamá, que por algún motivo sale de la casa, se hecha el niño a la espalda, bien envuelto y asegurado por un manto y por una faja amarrada por delante, sobre el pecho. La cabecita del nene viene cuidadosamente protegida por un trapo que cubre la cabeza y parte de la cara, para evitarle el mal de ojo: es creencia común entre los indígenas que un niño de tierna edad, al ver a un borracho en la calle, a una mujer encinta, a una persona enojada, pueda ser influenciado por un espíritu maléfico, nocivo a su salud tanto física como psíquica.

El Matrimonio

Uno de los valores más auténticos y sagrados de la cultura maya está constituido por la familia. Según tradiciones ancestrales, en las que se reflejan exactamente este sentido de sacralidad, ésta debe ser numerosa, honorable y bien integrada para formar una unidad armónica.

La familia del actual totonicapense conserva la estructura fuerte y estable del antiguo patriarcado maya. Cabeza de la familia, con poder absoluto de decisión, es el padre, que todos respetan y al que obedecen. El ayuda a buscar la mujer a los hijos y da su consentimiento para el matrimonio de las hijas. Es el eje de la institución familiar y el responsable del sostenimiento de la mujer y de los hijos.

Después del padre siguen los hijos varones que, al ser capaces, deben ayudar al padre en los trabajos del campo. Lo importante es que aprendan a trabajar la tierra, todavía antes que a leer y escribir. Últimas vienen la esposa y las hijas que ocupan sin duda algún puesto importante en la escala jerárquica familiar a un subordinado y dependiente del hombre. La mujer indígena se dedica casi exclusivamente a los oficios de la casa y de la familia. Como esposa, lo que más interesa es que sepa preparar la comida y que sea fecunda: si resulta estéril y el

marido se ve privado de sucesión, es posible que la abandone. Como madre tiene la responsabilidad directa de la educación de los hijos.

En un hogar indígena, por muchos motivos "sagrados", se puede notar que los niños no lloran fácilmente; los hermanitos no pelean entre sí; los pequeños, apenas les sea posible, ayudan a los grandes, particularmente en el trabajo doméstico y del campo; los jóvenes guardan respeto y veneración por los ancianos, especialmente los abuelos y los tíos. La convivencia entre esposos, padres e hijos es pacífica y tranquila; las relaciones son de mutua confianza y de respeto. Es bastante difícil ver a un padre enojado o a un hijo que levante las espaldas y responda groseramente a sus progenitores.

La importancia que la cultura maya atribuye al matrimonio es muy grande. Una persona es considerada "completa" sólo cuando está unida en matrimonio monogámico. Un soltero en cambio, o viudo, es considerado "incompleto". Como consecuencia sólo el casado es considerado digno de ocupar un puesto público en la comunidad: la mujer, en este caso, compartirá los honores y las obligaciones inherentes a la posición social del marido.

En todo grupo étnico existe un modelo ideal de cónyuge, fruto de la cultura local, que viene propuesto a la opinión pública, especialmente de los jóvenes, como valor de imitar y meta por alcanzar. El marido ideal en la cultura maya es el hombre amante de la tierra, trabajador, responsable, religioso, apegado a las tradiciones y que no deja que falte nada de lo necesario a la mujer y a los hijos. La mujer ideal a su vez es sencilla, humilde, dócil, respetuosa, fiel, fecunda, capaz de sacar adelante los trabajos de la esfera doméstica y de la cocina en particular. Los jóvenes toman como modelo al padre, para ser ellos mismos buenos maridos y a la madre para exigir ciertas cualidades en la muchacha destinada a ser su esposa.

Cuando un joven llega a los dieciséis o diecisiete años ya puede trabajar la tierra, busca entre las muchachas de su comunidad una novia según el modelo femenino que acabamos de describir. La muchacha indígena es por naturaleza tímida, reservada, púdica. En el pasado, aún reciente, los matrimonios se realizaban sólo con la intervención de los padres del muchacho y de la muchacha, sin que éstos se conocieran previamente. Hoy el padre se limita a orientar al hijo en la búsqueda de la novia; al hijo le corresponde definitivamente la elección de la muchacha que deberá ser su esposa.

Acercarse a una muchacha de catorce, quince años para manifestarle su propio afecto puede parecer la cosa más simple y natural del mundo, pero no es así para un joven indígena. Esto constituye para él un problema serio, a causa de múltiples factores: timidez, aprensión, vergüenza, miedo, tabú y otros sentimientos que se agitan en su alma.

No obstante que todo el mundo proclame la inconveniencia, el escándalo y la prohibición de que un joven se encuentre y converse con una muchacha de la misma edad, no es raro el caso ver al atardecer, casi a la hora del crepúsculo, acechando en la esquina de una casa a un muchacho en espera impaciente la llegada de una adolescente que pase para recoger agua en la fuente pública, o para efectuar alguna compra en la tienda vecina. La jovencita, al verse cortejada, huye. El pretendiente la persigue, la jala del **perraje**, o sea la mantilla que lleva sobre las espaldas y la toma de la mano. Lleno de emoción le manifiesta, con palabras bien meditadas, su afecto. La muchacha, sin mirar a la cara del pretendiente, le dice fríamente que ella no tiene algún interés y que sus padres no están de acuerdo.

Es el primer encuentro, tal vez el más difícil y los dos principiantes en el amor se separan contentos en direcciones opuestas. En los siguientes encuentros, el joven se presenta ya a la muchacha como persona formal, seria y responsable. Le cuenta que posee casa para vivir, terreno donde sembrar el maíz, algún dinero ahorrado con el propósito de formar una familia. Si la muchacha tiene interés por el joven, lo invita a su casa para exponer a los padres su propósito.

Así un buen día, previamente acordado, al caer de la tarde, el joven pretendiente se dirige titubeante a la casa de la muchacha de su corazón. Es acompañado por los padres y por un mediador llamado **tartulero** (guía) o **semajél** (porta voz): un adulto bien conocido en la comunidad y de buena reputación. El primero en tomar la palabra en la casa es el mediador que, con frases rituales, expone el motivo de la visita. Si los padres del muchacho y de la muchacha están de acuerdo y consienten en que se celebre el matrimonio, se fija ya la fecha para la primera de las tres **pedidas**, o peticiones oficiales de la mano de la muchacha de parte del enamorado.

En el día establecido, de la casa del novio sale el grupo compuesto por él, los padres, los tíos, los parientes más cercanos, hombres y mujeres ya casados y el **tartulero** que funge de mediador y maestro de ceremonias. Las mujeres cargan sobre la cabeza grandes canastas llenas de viandas: pan dulce, café, chocolate y bebidas alcohólicas locales. Al llegar a la casa de la novia, el cortejo es recibido por los padres de la misma, sus familiares y parientes más cercanos.

El **tartulero** introduce el discurso formulando con términos rituales la petición de la mano de la muchacha. Responde, consintiendo a la petición presentada, el padre de la futura esposa, con cierto titubeo. Enseguida, en un ambiente de sana amistad y verdadera alegría, se consume juntos lo que la familia del novio ha llevado como regalo y signo de compromiso matrimonial. Antes de terminar la reunión se fijan, de mutuo acuerdo, los días de las otras dos pedidas oficiales, que se desarrollarán más o menos con el mismo ceremonial y los mismos dones. En la tercera y última pedida se establece la fecha de la celebración del matrimonio civil y religioso.

Al acercarse el día del matrimonio, el novio compra el ajuar completo que su prometida esposa lucirá el día de la boda. El ajuar se compone de una falda típica, llamada **corte**; una blusa bordada a mano, llamada **güipil**; una faja, llamada **cinta**, que ajusta a la cintura la blusa y la falda; un velo blanco que cubre la cabeza y baja sobre las espaldas; un par de sandalias. A los padres de la muchacha corresponde proveer otras prendas de vestir, más modestas, para el uso diario de la esposa.

Desde la primera petición oficial hasta el matrimonio pasa generalmente un período de tiempo no inferior a un año, con encuentros rituales y regalos que el novio está obligado hacer visitando la muchacha y su familia, particularmente en ocasión de las principales fiestas del año. Estos regalos son dados con el fin de recompensar, aunque sea en mínima parte, los sacrificios hechos por los padres en procrear y mantener a la hija hasta la edad para el matrimonio.

En Guatemala el matrimonio religioso es precedido, por ley, por el civil, celebrado en la municipalidad en presencia del alcalde algunos días antes del religioso. Únicamente a este último se le reserva la celebración solemne que hoy reúne, en armoniosa síntesis, ritos antiguos y modernos.

El matrimonio religioso se celebra por la mañana, más bien temprano, porque los actos que el ceremonial prevé son muchos y es conveniente que se desenvuelvan todos a la luz del día. En las primeras horas de la mañana, todavía antes de que se levante el sol, el novio, acompañado por sus padres, los padrinos y otros vecinos oportunamente invitados, va a recoger a su novia y la conduce a casa. De aquí sale el cortejo hacia la iglesia parroquial o, si la comunidad rural en que viven los novios dista notablemente del centro del pueblo, hacia el oratorio de la aldea: en este caso es el sacerdote quien llega al lugar para celebrar el matrimonio.

Los novios, vestidos de fiesta, son asistidos por una pareja de esposos, católicos practicantes y de buena reputación, que en la celebración del matrimonio desempeñan

el cargo de padrinos y de testigos. Antes, durante y después de la misa se revientan petardos y "bombas" en señal de fiesta. Terminada la misa, se retorna en comitiva a la casa del esposo, donde se celebran los ritos festivos del banquete de bodas.

La sala está adornada de fiesta. El altar doméstico, formado por una simple mesa de madera, sobre la cual son colocadas las imágenes religiosas, es embellecido para la circunstancia con flores frescas y dos candelas encendidas. El suelo está totalmente recubierto por hojas de pino, de donde emana un oloroso perfume de bosque y sobre el cual uno se puede arrodillar o sentar como encima de una suave alfombra.

Al entrar en la casa, todos se arrodillan delante de la imagen del Crucifijo que preside el altar doméstico. El padrino, hincado al lado del esposo, empieza una plegaria espontánea en la que pide la bendición de Dios sobre la nueva familia. La plegaria puede durar diez, quince minutos, porque el lenguaje del indígena es discursivo, narrativo, repetitivo y privado a menudo de síntesis y de conclusión.

Terminada la oración cada uno ocupa el puesto que le corresponde según el ritual del patriarcado maya. El padre de familia se coloca a la cabeza de la mesa; siguen los esposos y los padrinos, y luego todos los demás; las mujeres del otro, acurrucadas en el suelo sobre la alfombra de pino.

Esta distinción, que puede parecer discriminante y contra la dignidad de la mujer, es debida a conceptos propios de la cultura cosmogónica maya. El hombre, y el padre en particular, representa el cielo, mientras que la mujer, y sobre todo la madre, representa la tierra. Resulta pues del todo "lógico" que los hombres se sientan en posición más elevada, como decir hacia el cielo y que las mujeres se acurruquen en el suelo, en contacto con la tierra. En este sentido la casa es un "pequeño mundo" o la reproducción del mundo físico: el cielo colocado arriba y la tierra puesta abajo. No se trata de minimizar la dignidad de la mujer, si ésta se sienta en el suelo, sino de respetar el orden puesto por la naturaleza.

Para el desayuno se sirve una taza de chocolate caliente con pan dulce en abundancia. Reina una atmósfera pacífica, casi de religioso silencio, según el estilo de los mayas que odian la bulla escandalosa. Sólo de vez en cuando el padre de familia, que funge de anfitrión, se levanta para desear a los comensales el buen provecho y para invitarlos a servirse con toda libertad, como si estuvieran en su propia casa.

Terminado el desayuno, quien lo desee puede salir al patio para estirar las piernas dando algunos pasos o para cambiar alguna impresión sobre la fiesta. Hacia medio día se sirve el almuerzo constituido por una escudilla de caldo con un trozo de carne de pollo o de res, por tortillas calientes en cantidad y café. Si las condiciones de la familia lo permiten, se sirven también frijoles.

El indígena no usa utensilios para comer, sino que se sirve con las manos. Por esto, antes y después de comer, mientras los comensales están en la mesa, se pasa una palangana de agua tibia para que cada uno se lave las manos. Los convidados consumen todo lo que les es servido. Dejar en el plato aún una mínima parte de la comida servida significaría, para decir poco, falta de educación. Cada uno de los comensales lleva a su casa, como signo de cortesía y de agradecimiento, las tortillas sobrantes; lo mismo hacen con el pan del desayuno.

Después de la comida, que dura largo tiempo aunque las viandas sean pocas se inicia la parte catequética o formativa de la celebración del matrimonio. El primero en tomar la palabra es el padrino que expone con todo detalle la doctrina católica sobre el matrimonio. Se levantan luego los ancianos, o sean las personas más expertas y representativas de entre los presentes, quienes indican a los recién casados las virtudes necesarias para formar una auténtica familia cristiana. Las intervenciones de los distintos oradores se alternan con cantos religiosos ejecutados por el pequeño coro de la comunidad local y por todos los presentes.

Algunas veces, según las posibilidades económicas de la familia, se contrata para la fiesta una pequeña orquesta, cuyo instrumento básico es la marimba. El baile, entre los indígenas, más que una diversión mundana, es un rito social y religioso que se desenvuelve sólo en determinadas circunstancias de fiesta. Generalmente los primeros en bailar, al son de la marimba, son los muchachos y las muchachas en danza individual; luego las mujeres, en danza individual o de dos en dos, entre ellas; finalmente los hombres. Raras veces hombres y mujeres danzan juntos.

La fiesta termina a la caída del sol, pero no faltan excepciones. A veces, debido particularmente a la atracción por la música y el baile, la reunión se prolonga durante toda la noche, con un número elevado de ebrios y de otros desórdenes consecuentes.

El modelo ideal del matrimonio indígena aquí expuesto, con las rituales "pedidas" y la relativa celebración, implica gastos muy relevantes, que muchos no pueden absolutamente realizar. Es éste el motivo principal por el cual muchísimos

indígenas adultos y jóvenes mayores o menores de edad conviven como si fueran casados.

La existencia de numerosas uniones de hecho entre los indígenas se debe también a que muchos padres de familia niegan a los hijos ya enamorados el consentimiento para casarse. Si el rechazo proviene sólo de parte de los padres de la muchacha, el asunto se soluciona con bastante facilidad: el joven enamorado se lleva a su casa a la muchacha y el matrimonio es ya un hecho consumado. En esta caso se acostumbra decir que el joven se robó a la novia, como si se tratara de un rapto, cuando en realidad se trata de una simple unión acordada previamente entre los dos enamorados.

Si en cambio se oponen los padres de ambas partes, entonces los novios se ponen de acuerdo para salir de las respectivas familias y convivir en la casa de un pariente próximo de la muchacha o del joven. La hospitalidad en estos casos jamás es negada. Realizada así la unión de hecho, el proceso matrimonial resulta irreversible: en efecto la muchacha, perdida la virginidad, no puede regresar a la casa paterna, porque frente a la opinión pública quedaría deshonrada. A los padres entonces no les queda otra alternativa que aceptar las cosas como están, mientras que más tarde se podrá pensar en una eventual celebración del matrimonio civil y religioso.

Los numerosos matrimonios de hecho entre los indígenas se explican también por la costumbre inveterada según la cual abuelos, padres, familiares, vecinos, todos han hecho siempre así. Pensamos que este comportamiento sea favorecido también por la falta de otros intereses y de toda posibilidad, aunque mínima para los jóvenes de dirigir su vitalidad física y espiritual en direcciones diversas, como el deporte, la cultura, las actividades sociales y recreativas.

¿Qué pensar de tantos matrimonios de hecho entre los indígenas? Se trata sin duda alguna de una situación equívoca, moralmente grave. Los interesados, muchos de los cuales pertenecen a familias católicas prácticamente, conocen perfectamente la doctrina de la Iglesia y saben que no hay que unirse en matrimonio sin antes haber recibido el sacramento que lo santifica. Saben que es pecado y que hasta que su situación no se haya regularizado, no les es permitido acercarse a los sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía. Están enterados de todo, pero no hacen caso. Para ellos es algo muy natural, es la praxis común: todos se encuentran en la misma situación. Por lo demás su vida espiritual continúa normal, como cuando eran solteros. Conservan un sincero fervor religioso, participan en la misa dominical, oran tanto individualmente como en las reuniones de la comunidad y practican una vida, a su parecer, cristiana.

Creemos necesaria una explicación por estas convivencias no santificadas por el sacramento del matrimonio. Hay que señalar con exactitud que, relacionados con los que se realizan en otros países del mundo, los matrimonios de hecho entre los indígenas totonicapenses se caracterizan por espíritu y actitud muy diversos. El matrimonio indígena, aunque no esté sancionado por la ley civil y religiosa, es ya una unión seria, estable, obligatoria y, generalmente, exclusiva. Es verdadera y propiamente matrimonio, celebrado en "familia o entre nosotros" como dicen los interesados, basado en un contrato natural entre dos personas que desean y se comprometen a vivir unidas hasta la muerte. Sería por tanto equivocado comparar su matrimonio de facto con el concubinato, la libre unión, el libre amor o el matrimonio experimental.

Todos los padres, aunque unidos solamente por un matrimonio de hecho, reconocen a sus propios hijos. Los hijos ilegítimos, sin papá, no son numerosos entre los indígenas. La paternidad es tenida en mucha consideración y debidamente respetada, de conformidad con la cultura maya. Para el indígena no tener un padre significa sentirse solo en la vida, sin un apoyo moral y material, y también no tener la posibilidad de heredar algún bien, aunque sea un terrenito o una casita. La falta de padre es más sentida por el hombre que por la mujer.

La doctrina de la Iglesia católica sobre el matrimonio, con sus notas evangélicas de unidad e indisolubilidad, corresponde al modelo ideal del matrimonio maya. Por eso el matrimonio celebrado en la iglesia, con el rito católico, es visto con interés y despierta el favor de la gente indígena, porque viene a reforzar el vínculo ya fuerte y estable del contrato natural.

Son muchas las parejas católicas que se casan por la iglesia, después de haber vivido por varios años en matrimonio de hecho. En ocasión de las fiestas patronales, de la parroquia o de las comunidades locales, no es raro el caso que se celebren hasta treinta, cuarenta y más matrimonios en una sola celebración litúrgica. Entre las parejas que reciben el "sacramento grande" se encuentran a veces los miembros de un patriarcado entero: es decir los ancianos padres con todos sus hijos. En este caso la fiesta, tanto religiosa como social, adquiere un interés particular y se celebra con ritos cargados de emotividad.

La Muerte

El ciclo de la vida individual de un ser humano en esta tierra culmina con la muerte: elemento sumamente importante en toda cultura, fase de transición por excelencia, en estrecha relación con los dos momentos festivos del nacimiento y del matrimonio.

Para el mundo maya la muerte no constituye la aniquilación de la persona, sino que el principio de otra vida, diversa que la presente: es la reunión con los antepasados después de un largo viaje. Los mayas siempre han creído y siguen creyendo con fe inquebrantable en la inmortalidad del alma. Cuando una persona muere, su espíritu sale para una tierra lejana y misteriosa en donde continua viviendo una vida nueva. La patria hacia la cual el difunto viaja está constituida por dos regiones diversas y opuestas: la de la luz y la de las tinieblas, denominada ésta última por el **Popol Vuh** como el **xibalbá**, la región oscura.

Para los antiguos mayas, el destino del difunto depende contemporáneamente de la manera, buena o mala, con que haya vivido en este mundo, y por la calidad de la muerte. Consecuentemente existen paraísos seguros y especiales para los sacerdotes que en vida ejercieron su oficio con probidad, para los guerreros caídos en batalla y para las mujeres muertas por parto.

Los actuales maya-quichés de Totonicapán miran a la muerte con serena desenvoltura y no común naturalidad: la consideran como un alivio y una liberación de la miseria de la vida presente; la afrontan con un cierto fatalismo y mucha paciencia cristiana; la reciben franciscanamente como a una "hermana". La muerte para él es una realidad natural y familiar, no un tabú como en los países occidentales en donde no se debe hablar de la muerte y, de todos modos, hay que ocultarla porque se le tiene miedo.

El indígena anda serenamente al encuentro de la muerte y, en la pérdida de un miembro de la familia, da signos de una fortaleza de ánimo extraordinaria, tanto que impresiona y hace creer que es un estoico. Yo también, asombrado, me he preguntado con frecuencia a qué se deba tanta capacidad de sufrimiento, de paciencia y de pasividad frente a la muerte. Una respuesta, creo, se debería buscar indagando acerca de la experiencia histórica de esclavitud a la que el indígena fue sometido a través de los siglos, antes y después de la conquista, que habría provocado en él una conciencia de sumisión pasiva. Otra se puede encontrar en la práctica de una auténtica experiencia de fe cristiana por la que el indígena puede dar a la muerte su justo valor:

de hecho él sabe perfectamente y cree con sinceridad que con la muerte empieza otra vida. A la muerte el indígena le podría preguntar sarcásticamente con San Pablo: "¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?" (1 Cor. 15:55).

Esta fe inquebrantable en la vida que continua más allá de la tumba, podría ser también la clave para comprender los ritos y las costumbres, más bien extrañas para quien posee otra cultura, con las cuales el indígena celebra la muerte.

Entre los indígenas de Totonicapán la mayor parte de las muertes, vistas con lógica humana, son prematuras. El hambre, la miseria, la desnutrición, el parasitismo, las condiciones de insalubridad y la falta de higiene son causa de un elevado índice de enfermedades y de muertes tanto en los niños como en los adultos.

Con relación a su origen, las enfermedades son catalogadas por los indígenas en dos clases: enfermedades naturales y enfermedades sobrenaturales. Las naturales provienen de Dios, es decir son originadas por causas físicas y naturales, que se pueden conocer y controlar. En este caso hay que aceptar la enfermedad con paciencia, conformándose con el destino y con la voluntad de Dios. Las enfermedades sobrenaturales en cambio provienen de fuerzas ocultas, de influjos maléficos de toda clase de brujería, no excluida aquella "negra", con la finalidad específica de dañar al prójimo. En este caso lo que hay que hacer es alejar el maleficio, librarse del mal o de la fuerza adversa mediante oraciones y ofrendas hechas por intermediarios competentes y fuertes.

La división entre enfermedades naturales y sobrenaturales, en teoría parece fácil, pero en la práctica resulta casi siempre problemática y enigmática. De aquí la interrogación que golpea constantemente el cerebro del indígena frente a la enfermedad: "¿Vendrá de Dios o de los hombres?" Para saberlo él recurre al brujo, al espiritista, al adivino, al curandero. Estos, por ser todos económicamente interesados, le dirán siempre que la enfermedad es obra de maleficio. De aquí una búsqueda afanosa, y naturalmente vana, para llegar a conocer la persona maléfica, darle un rostro, poderla controlar. Generalmente, para contrarrestar sus maleficios, en base a un principio de legítima defensa, y a veces animados sólo por un insano deseo de venganza, se buscará la manera de revocar el maleficio con actos todavía más destructores.

Cuando, por causas naturales o misteriosas, una persona está gravemente enferma y ya próxima a la muerte, la visitan los parientes, los amigos y los vecinos, llevándole comidas. El enfermo ya no podrá consumirlas, y en su lugar lo harán los

familiares. Si el enfermo es católico prácticamente, el catequista avisa al sacerdote para que lo auxilie con los sacramentos.

La habitación en que se encuentra el enfermo y el camino que conduce a ésta son cubiertos con hojas de pino. El sacerdote, que lleva el Santo Viático, es recibido con mucha veneración por los familiares y por los vecinos. Antes y después de la administración de los sacramentos, los presentes, guiados por el catequista, oran y cantan juntos. En la cabecera de la cama está colocada, para que sea bendecida, la mortaja con la cual el enfermo será revestido después de la muerte. El enfermo, de cualquier edad, presencia tales ritos conservando una conducta serena. Durante mi largo ministerio entre los indígenas no he encontrado ni uno que haya puesto resistencia, o peor, que se haya rebelado a la voluntad de Dios frente a la muerte.

La serena separación y la resignada aceptación hasta aquí descritas no impiden que, llegada la muerte, empiecen los rituales lamentos fúnebres dentro y fuera de la casa, ejecutados frecuentemente de una manera ostentosa y convencional para llamar la atención de los vecinos. Se repica la campana, con toques lentos, para avisar a la comunidad del deceso acaecido. En el pueblo como en la pequeña aldea la triste noticia se esparce inmediatamente entre el vecindario.

En la casa del difunto se reúnen los parientes, los amigos y mucha gente de la comunidad local. Los hombres se organizan en varios grupos y a cada uno le viene asignado un encargo específico: informar de la muerte a las autoridades civiles y religiosas, comprar la caja mortuoria, preparar la fosa en el cementerio y disponer todo lo necesario para el funeral.

A las mujeres en cambio corresponde el trabajo de proveer de comida a los visitantes, cuyo número es proporcional al prestigio del difunto, que es determinado especialmente por las posibilidades económicas. El "menú" fúnebre comprende: tortillas de maíz en abundancia, un trozo de carne cocida, una taza de café y a veces, una copa de agua ardiente. Los parientes y vecinos con más posibilidades y generosos ayudan a la familia llevándole algo para comer y beber o regalando algún dinero.

El cuerpo del difunto es lavado, a veces completamente, otras veces sólo la cara, las manos y los pies. Seguidamente es vestido con su traje, el mejor que tenga y, si en vida perteneció a alguna cofradía, se le pone la túnica o el escapulario correspondiente. Dentro del féretro, en general modesto, se colocan algunas indumentarias usadas por el difunto, bien dobladas como formando una almohada; a los lados del cadáver se colocan, hoy como en la antigüedad, un plato con tortillas de

maíz, una vasija de barro con agua, un par de zapatos o de sandalias, un sombrero nuevo para el hombre, un peine para la mujer, algún instrumento de trabajo -aquellos sobre todo que fueron usados y queridos para el difunto- y también un poco de dinero: cosas todas consideradas útiles para el largo viaje al otro mundo y para la vida que perdura más allá de la tumba.

El difunto generalmente es inhumado un día después de la muerte y, mientras tanto, es velado en su casa de habitación día y noche. El velorio se acompaña por sollozos y con llanto que se vuelve más intenso cuando llega un pariente o un amigo íntimo de la familia. Durante la vigilia fúnebre, además de llorar y recordar las virtudes del difunto, se ingieren algunos alimentos, particularmente líquidos, como café y otras bebidas, inclusive alcohólicas. Los hombres adultos fuman uno que otro cigarrillo: el fumar no es común entre los indígenas.

En el funeral participan, con los familiares, los parientes, los amigos y buena parte de la comunidad. El cortejo fúnebre, de la casa a la iglesia y de la iglesia al cementerio, es abierto por un crucifero. Vienen en doble fila primero los hombres y después las mujeres. Sigue el féretro, llevado en hombros por seis u ocho personas que se turnan. Si el difunto es un hombre, se coloca sobre el féretro el sombrero que llevaba habitualmente cuando estaba vivo.

Después del féretro van los familiares y, según las posibilidades económicas, una banda fúnebre contratada por un pago. Mientras el cadáver es llevado fuera de la casa, se dan escenas muy conmovedoras con lamentos, gritos, abrazos y desmayos. Estas manifestaciones de dolor se repiten en el cementerio. Siguiendo una tradición, querida al mundo maya, por el culto al dios-sol, que a la fe cristiana, el difunto es sepultado regularmente con los pies hacia el oriente.

El espíritu del difunto, desde el momento de la muerte y después del funeral, va vagando por aquí y por allá y no queda tranquilo hasta cuando los familiares no hayan hecho algo en su favor para que pueda reposar en paz. Este "algo" se refiere implícitamente a las plegarias y a otros ritos de sufragio, conocidos y practicados también por los antiguos mayas.

El día después de la sepultura empieza el novenario de oraciones que se efectúa cada tarde en la casa del difunto con numerosa participación de gente. El novenario tiene origen en la creencia que el espíritu del difunto permanece en el lugar de la muerte o cerca del cadáver durante nueve días. Quien dirige los ritos de la novena en sufragio del difunto actualmente es un catequista; en el pasado aún reciente era un sacerdote maya.

Sobre el altar doméstico luce el Crucifijo, ante el cual se colocan flores, se encienden candelas y se rezan plegarias que comprenden el santo rosario y algunas oraciones especiales por el difunto que varían cada día como está establecido en los libros devocionarios. Al catequista le corresponde dirigir la oración y exponer a los presentes la doctrina cristiana sobre la suerte de los difuntos y la utilidad de los sufragios a favor de las almas. Al final de la reunión se ofrece a cada uno de los presentes una taza de café o chocolate; quien dispone de medios económicos, ofrece la cena durante todas las noches del novenario.

Al noveno día después de la muerte se celebra una misa en sufragio del difunto y se visita procesionalmente el cementerio. Sobre la tumba se colocan coronas de flores y se queman candelas e incienso. El incienso y las candelas constituyen en la mente del indígena un tributo de adoración a Dios, de devoción a los espíritus y de sufragio al alma del difunto. Con el último día del novenario termina el tiempo oficial del luto y la vida de la familia vuelve a tomar su ritmo normal. No es raro el caso que los ritos fúnebres del día del entierro y del último día del novenario terminen con una borrachera solemne y general.

Más tarde el difunto será recordado en el día aniversario de la muerte y, sobre todo, el dos de noviembre, dedicado universalmente a la memoria de todos los fieles difuntos. Existe entre los indígenas de Totonicapán una creencia muy enraizada en su mentalidad, según la cual el espíritu del muerto regresa a la tierra en la noche entre el primero y el dos de noviembre para ver a los familiares y para visitar las propiedades suyas.

El espíritu, regresado a la tierra, vaga por aquí y por allá en aquellos lugares que le fueron familiares durante la vida terrenal. Para manifestar que los difuntos son esperados y bien acogidos en la casa que ya les perteneció, los familiares esparcen hojas de pino y pétalos de flores amarillas en el sendero que del camino cercano lleva a la casa y mantienen abiertas las puertas. Los difuntos pueden así entrar en la casa caminando cómodamente sobre una suave alfombra de hojas y flores. Sobre el altar doméstico, durante toda la noche, permanecen encendidas algunas candelas; mientras que en otro lugar de la casa, usual y querido a los difuntos, se colocan unos platos con alimentos típicos de la festividad y bebidas, también alcohólicas, con las cuales los espíritus se puedan regocijar. Es de suma importancia que los difuntos, terminada la visita anual a la familia, regresen a su eterna morada tranquilos y contentos por haber dejado la casa y los terrenos en manos de herederos dignos y agradecidos.

Estas son las características del culto que el alma simple del indígena totonicapense tributa a los difuntos: un culto sincero, espontáneo e impresionante. Abraza ritos heredados sea de la religión cristiana que de las creencias y prácticas mítico-mágicas, muy significativas, a veces curiosas, recibidas de los antepasados. Del conjunto se puede notar fácilmente una fe profunda en la sobrevivencia del alma y en la continuidad de la vida también después de la muerte; una esperanza viva en el más allá y una actitud natural y realística ante la muerte, vista no con angustia, sino aceptada con serenidad y con sentimientos de esperanza cristiana.

San Francisco El Alto (Totonicapán)